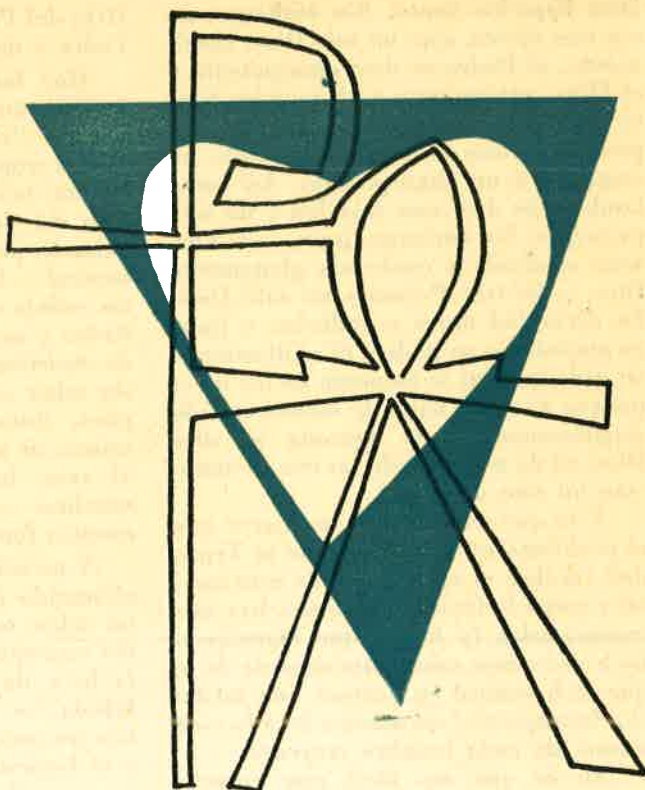


Para una PREDICA- CION del MISTERIO TRINITARIO

Carlos G. Hirschfeld, S. I.



YO creo que los cristianos pueden y deben exigir que en la predicación se les manifieste algo más del misterio en cuyo nombre todos fuimos bautizados. Aun admitiendo la dificultad que entraña explicarlo, no se puede prescindir de ese "buen olfato" que tiene el pueblo para entender y aceptar este misterio (1). Al pueblo cristiano se le puede dar bastante más; aunque no sea en el orden de una explicación conceptual, fruto de la dialéctica escolástica, aguda y exacta siempre, pero tantas veces fría.

Hay que vencer el miedo a presentar el misterio, hay que mostrar desnu-

damente su espina dorsal: esa Naturaleza increada de Dios, infinita en perfecciones, poseída (no por una persona, como ocurre en la limitada naturaleza nuestra) por Tres Personas. Y por tres precisamente; ya que es una perfección también *esto* de ser poseído trinitariamente.

El fiel cristiano que asiste a una catequesis (catequesis debiera ser más de la mitad de nuestra predicación) aceptará todo esto. Es más; esa burda duda de si por ser Primer Principio y Padre, la Primera Persona será "la mayor", la Segunda algo inferior y el Espíritu el último en categoría, habría que deshacerla con la misma sabia pedagogía que los Concilios de Toledo emplearon con nuestros abuelos en la fe:

"porque si de cada una de las Personas somos interrogados, forzoso es la confesemos Dios. Así pues, singularmente se dice Dios Padre, Dios Hijo y

(1) Es HUGO RAHNER quien nos llama la atención sobre ese *buen olfato* de que hablamos, «a causa, dice él, de que el *don infundido de la fe* es dado en el instante en que el alma es creada nuevamente con las palabras: *yo te bautizo en el nombre del Padre...*» RAHNER, *Teología de la Predicación*, Ed. Plantín, Buenos Aires, 1950; pág. 42.

Dios Espíritu Santo. Sin embargo, no son tres dioses, sino un solo Dios. Igualmente, el Padre se dice omnipotente y el Hijo omnipotente y el Espíritu Santo omnipotente; y sin embargo, no se predica a tres omnipotentes, sino, en singular, a un Omnipotente. Así como también se dice una sola luz y un solo principio. Sin embargo, pues, cada Persona es creída y confesada plenamente Dios, y las tres Personas un sólo Dios. Su divinidad única o indivisa, e igual su majestad o su poder, ni se disminuye en cada uno, ni se aumenta en los tres; porque ni tiene nada de menos cuando singularmente cada persona se dice Dios, ni de más cuando las tres se enuncian un sólo dios" (2).

Y es que es menester reconocer que el problema es otro. Para que la Trinidad recobre el eje de la vida cristiana, tal y como lo tuvo al comienzo, hay que ingeniárselas (y habrá que ingeniárselas a veces más sobrenaturalmente de lo que lo hacemos) en acercar este misterio, fundamental en nuestra fe, a la vida misma de cada hombre creyente.

No es que sea fácil este cometido. Pero hay que admitir que es necesario. Hay que ir derechamente al misterio y, una vez en él, buscarle todas sus perspectivas: a ver si la Iglesia, si nuestra vida de gracia, si los Sacramentos no se nos vienen hacia nosotros, cogidos a la Trinidad como a su raíz.

Las procesiones en la Trinidad

No he dudado en emplear esta palabra: *procesiones*. Es verdad que es equívoca. (Baste para deshacer el equívoco decir que es sinónimo de "procedencia"). Creo que la predicación debe presentar, con la explicación del concepto, también el término, la palabra que la tradición docente de la Iglesia ha empleado para enseñar el modo cómo, en cuanto a su origen, proceden las Personas Divinas, unas de otras: el

Hijo del Padre, y el Espíritu Santo del Padre y del Hijo.

Hoy los hombres vuelven a hablar de "filiación divina", en que se enraíza nuestra "vida espiritual". Sin querer, hemos tropezado con dos conceptos que apenas tendrían valor de no conocer algo del dogma trinitario. ¡Cómo podríamos pensar en una *filiación* sobrenatural —la nuestra— si no fuese ésta un reflejo de otra generación entre un Padre y un Hijo...!; ¡ni cómo hablar de *espiritualidad*, ni de *vida espiritual*, sin saber nada del Espíritu Santo! Es, pues, sintomático, que en el sustrato mismo de nuestra vida espiritual, como al azar, hayamos dado con los Tres nombres —Padre, Hijo, Espíritu— de nuestro fundamental misterio.

Y no sólo los nombres nos recuerdan el sentido de nuestra vida cristiana, sino sobre todo el enraizamiento mismo del concepto de la Trinidad, a la luz de la fe y de la especulación viva de la Iglesia, se nos ha hecho tan nuestro, tan cercano, que el modo cómo el Hijo y el Espíritu proceden ilumina jugosamente todas las grandes verdades de que se nutre el cristiano.

1. Vida en Dios: generación del Hijo

Lo primero en orden a comprender el misterio, es hacernos a la idea de que la Naturaleza divina es absolutamente *viva* y que su desbordante vitalidad es poseída, como apoyándose en ellas, por las Tres Divinas Personas.

Este concepto de *persona*, que ya los filósofos se han encargado de precisar y que lleva en sí la idea de perfección, de incomunicabilidad, de suficiencia, de algo encerrado en sí y originariamente propio, nos lleva, como de la mano, a un Primer Principio, cuya esencia consista en dar la vida a otro sin aceptarla El de nadie. Esta idea de *dar la vida*, los hombres la hemos aplicado al *padre* (3). Pero pa-

(2) Símbolo de la fe del Conc. Toledano XI; DENZINGER, *El Magisterio de la Iglesia* (traducc. de DANIEL RUIZ BUENO) Herder, Barcelona, 1955; nn. 278-79.

(3) Claro está que moviéndonos en la esfera de lo divino, esta comunicación de que hablamos es de orden puramente espiritual.

dre en el sentido original, primero, no es más que uno: El Padre; el Padre, que no procede de nadie (Ef. 3,15), de quien todo grupo humano, o aun angélico, desciende como de padre supremo (4).

La idea de *vitalidad* que apuntamos arriba la recogemos aquí. Y contemplamos a esa Primera Persona viviendo intensamente y desarrollando en toda su plena, inexhaustible potencia, su conocimiento y su amor.

Fruto de este conocimiento es el Verbo, la Palabra. (También en los hombres la palabra es *hija* de su conocer). El Verbo, eterno como el Padre (Jn. 1,1); la Palabra de Dios: el Hijo, por cuya palabra hemos conocido al Padre: "*El Unigénito que está en el seno del Padre, El es quien nos lo ha declarado*" (Jn. 1,18). Este Verbo de Dios, este Unigénito-Dios (Jn. 1,18), procede de lo más íntimo de la sustancia del Padre, de tal forma que toda ella se vuelca en el Hijo; en quien se recrea, estampación perfecta de su imagen: *Splendor Patris*.

Esta filiación natural va a ser de donde arranque la nuestra; también en nosotros se va a agrandar el Padre: vamos a ser partícipes de su gloria y su naturaleza. Pero no nos adelantemos ahora. Bástenos apuntar aquí un bello panorama teológico, alumbrado por la potente luz de la generación eterna del Hijo.

2. Vida en Dios: procedencia — espiración — del Espíritu

Padre e Hijo, viviendo en una intimidad amorosa —el amor siempre es de dos—, tienen un mismo y sólo espíritu, una misma vida. Y si de *dos personas* que se entienden bien y se comprenden decimos en la tierra —(de un modo muy analógico: ¡claro esta!)— que *parecen* (5) tener un mismo espí-

ritu, de las *Dos Personas* divinas, —unidas tanto que forman una misma Naturaleza y que están amándose desde siempre—, adecuadamente podremos decir que tienen un mismo Espíritu. Ese aliento vital, ese beso de amor lo efunden en una Tercera Persona, que es el Espíritu Santo. El Espíritu, "*qui ex Patre Filioque procedit*", que procede juntamente del Padre y del Hijo, llegando a ser como *el suelo* donde se desarrolla y vibra toda la vida íntima, admirable de Dios (6).

El Espíritu Santo incluye y lleva en sí un desbordamiento y comunicación de su misma vida y por esto aparece como portador de la vida que en El se derrama: como recipiente, propietario y administrador de la Vida, con mayoría.

Este Espíritu Santo, que es Espíritu del Padre y del Hijo, salta del Padre y del Hijo a los hombres, y se hace en nosotros el principio de toda vida sobrenatural, de nuestra *vida espiritual*, principio de la Iglesia y de la gracia. Vida espiritual nuestra que también comienza, como la vida del Espíritu, por la *vía del amor*, ya que así es como Dios nos hizo partícipes de su naturaleza (7).

humanas hay dos vida y una corriente de amor procedente de dos corazones., y el amor pasa de una a otra. No así en la Trinidad, donde es una misma la Vida de esas Dos Personas que se aman con un solo Corazón.

(6) Esta expresión «suelo», que tal vez dé lugar a equívocos, es del P. Rahner. Lo llama *suelo* en el sentido de ser lo unificante, lo comunitario en la vida divina. No porque en él se apoye dicha vida. RAHNER, o. c.; pág. 47.

(7) SCHEEBEN hace notar cómo nuestro nacimiento a la gracia es, «al modo» de la procesión del Espíritu, por la vía del amor y la libertad de Dios. Cf. *Los Misterios del Cristianismo*, Herder, Barcelona, 2.^a ed., 1957; pág. 154-55.

También el modo como nacemos a la gracia por la contrición perfecta o acto de caridad perfecta, nos recuerda y hace vivir esta economía amorosa. Dejando a salvo el hecho de los que se justifican por la atrición y el sacramento. También la atrición es amor —aunque interesado y no tan *puro amor* como la contrición perfecta.

(4) Tomamos esta interpretación de Efesios 3,15 de: P. BENOIT, O. P., en *la Sainte Bible* de Jerusalem, Ep. aux Ephés. 3,15 nota p. Paris, 1956; pág. 1545.

(5) Natural que la comparación que empleamos es muy analógica. En las personas

Estructura trinitaria del Misterio de la Encarnación

Pero aun con este acercamiento a nosotros que hemos intentado de la Trinidad Santísima, el Misterio, en su sublime, admirable grandeza, todavía lo entrevemos lejano y ajeno a nosotros, si no sabemos intuir y admirar una prolongación de su altísima vida divina en el Acercamiento —con mayúscula también— de Dios a la historia de los hombres:

“en el mes sexto fué enviado por Dios el ángel Gabriel a una ciudad de Galilea, por nombre Nazaret, a una virgen desposada con un varón llamado José, de la casa de David. El nombre de la virgen, María” (Lc. 1,26).

En aquel momento en que la Virgen aceptó ser Madre de Dios, el Hijo, Jesús, Dios-Hombre, entró en nosotros. La humanidad, por la Encarnación y para siempre, quedó plantada en una Persona Divina.

Esta venida del Hijo, esta “misión” (8) o embajada hasta nosotros no tiene sentido sino en un plan providencial de Dios en que entrábamos nosotros como algo muy suyo. El sentido de la venida de Cristo no es únicamente que El con su reparación de valor infinito

(8) Otro vocablo cuyo contenido es el resultado de la reflexión teológica, universalmente admitido. Se trata de la eterna comunicación que una Persona divina hace a Otra de su esencia, —comunicación que, naturalmente, lleva consigo el darle su propia voluntad—, y en virtud de la cual la Persona que se dice *enviada* comienza a estar —allí donde se dice *enviada*— de un modo que antes no estaba. Esto no puede tener lugar sino por algún efecto temporal que haya de referirse de modo especial a esa Persona divina y no a las otras, bien que no se le acrezca nada por ello. Sólo pueden ser «enviadas» las Personas que proceden. Por tanto, el Padre no puede aceptar «misión» alguna. Basados en esto decimos y creemos que el Hijo es enviado por el Padre —así habla Jesús: *«el Padre que me envió»* (Jn. 6,38)—; y el Padre y el Hijo envían al Espíritu: *«el Paráclito que enviará el Padre en mi nombre»* (Jn. 14,26). Cf. LERCHER, *Institutiones Theologiae Dogmaticae* II, Barcelona, Herder, 1945; pág. 185-86.

acabase con la deuda infinita del pecado, para dejarnos sin enemistades con Dios, pero en un puro plano natural. En el plan de Dios, por encima de todo, entró acercarse tanto a los hombres, *“haciéndose en todo semejante a los hombres”* que los hombres se hiciesen un poco Dios. Este lenguaje expresivo —Dios se hace hombre y el hombre se hace Dios—, que tal vez resulte duro al oído, es familiar en la patología y arranca del prólogo mismo del Evangelio de S. Juan: *“les dió poder ser hijos de Dios”* (Jn. 1,12).

“El Verbo se hizo hombre, dice S. IRENEO... para que el hombre, acogiendo al Verbo y recibiendo la gracia de la filiación, fuese hijo de Dios” (9).

Y SAN CIRILO, comentando a San Juan dice: “El Evangelista observa que el Verbo habitó en nosotros, mostrándonos así este misterio: todos somos una misma cosa en Cristo, y el conjunto de la humanidad revive en él. Por esto fué llamado nuevo Adán. De modo que en todos ha inhabitado el Verbo mediante uno solo; y siendo así que este uno concentra su poder en el Espíritu de santificación, extendióse a todo el linaje aquella dignidad —de la filiación divina— y así también pudieron aplicarse a nosotros las palabras: sois dioses e hijos del Altísimo todos” (10).

SAN PEDRO CRISOLOGO: “Después que el Hijo se derramó con toda la unción de la divinidad en nuestra carne... por la unción fué llamado Cristo; y el autor de este nombre es sólo aquél que fué tan inundado y empapado de Dios, que el hombre y Dios hacían un sólo Dios. De modo que derramó el nombre de esta unción por la que, por Cristo, somos llamados cristianos” (11).

(9) S. IRENEO, *Apud Theodoret., dial. 1.*

(10) S. CIRILO ALEJANDRINO, *Comm. in Ioannis Evangelium*; M G 73, 162.

(11) S. PEDRO CRISOLOGO, *Homilia 60*; M L 52, 367.

Y aunque podíamos enumerar más Padres, valgan ya por todas estas palabras de SAN LEON MAGNO PAPA :

“el Hijo de Dios vino para destruir las obras del diablo y se unió con nosotros y nos unió consigo de tal manera que la bajada de Dios a las cosas humanas fuese al mismo tiempo una elevación del hombre a las cosas divinas (12).

Por efecto de la Encarnación somos incorporados realmente a la Persona del Hijo. De modo que Dios nos ve en su Hijo y a su Hijo en nosotros. La Teología de S. Pablo está llena de expresiones en donde nuestra semejanza con Cristo (13) llega a extremos tales como tener una misma gloria, una misma muerte y pasión que Cristo. Realidad que arranca de la Encarnación : “*envió Dios a su Hijo, hecho de una mujer..., para que recibiéramos la dignidad de hijos*” (Gal.4,4-5). La Encarnación alarga de modo maravilloso, hasta nosotros el proceso trinitario : levantando el Hijo, Jesús, al linaje humano hasta el seno del Padre y haciéndonos entrar en estrecha relación con el Espíritu Santo.

Si la venida histórica de Cristo en la Encarnación tuvo esta función redentora del linaje, su permanencia entre nosotros en forma de pan tiene esta misma virtualidad vivificadora. Cristo, a través de su Cuerpo comunica una vida que es extensión de aquella que en Dios pasa del Padre al Hijo. No es metáfora; es una bella realidad que fluye de las palabras de Jesús : “*Así como el Padre, que me ha enviado vive y yo vivo por el Padre, así quien me come también él vivirá por mí*” (Jn. 6, 58).

Misión del Espíritu

Si el Hijo se acercó tanto a nosotros para dejarnos esta vida, también fué él quien nos donó al principio mismo de

(12) S. LEON MAGNO, *Sermón 27, De Nativitate Domini 7*; M L 54, 218.

(13) Cf.: Rom. 6,8; 2Cor. 7,3; Gal. 4, 19; 5,24; Ef. 2,6; 4, 14; Col. 1, 26; 2,12; 3,4;...

esa vida. Cristo que a lo largo de las Escrituras y la tradición aparece como Redentor, Conductor de su pueblo, Roca de la que brota el agua..., Salvador y Pastor y autor de la vida, es, en todas esas expresiones, dador del *Pneuma*, del *Espíritu* : que es el *Agua viva* de su costado. Este agua es el Espíritu que se da en el Bautismo y desciende de la Cruz y une a los hombres con el Eterno Padre.

Esta expresión del Espíritu Santo, como Agua que da vida y salta, es la que ilumina aquellas bellísimas palabras de S. IGNACIO DE ANTIOQUIA, cuando ya al principio del Cristianismo hacía ver hasta dónde estaba penetrado de la sublimidad del misterio trinitario :

“mi amor está crucificado. Ya no hay en mí fuego que arda por las cosas terrenas, *sino agua viva* que habla en mi interior y dice : Ven hacia el Padre (14).

La Trinidad, pues, no es una encrucijada de conceptos de cuya oscuridad nos libramos a base de sutilezas dialécticas. Tiene toda la frescura del Agua viva que salta, toda la hondura del Espíritu que vivifica y por el que nos unimos a Dios.

Los Padres de la Iglesia se han recreado en estas realidades y nos han dejado las más sublimes páginas al hablarnos del arraigo de la Trinidad en nuestra vida. Y hay que tener muy presente que los Padres más que unos especulativos eran pastores de almas que hablaban a sus fieles de aquellas verdades que tenían que creer y de las que se tenían que nutrir para vivir. Así SAN IRENEO (15) describe bella y profundamente la realidad de nuestra vida espiritual a través de esa altísima realidad del misterio :

“El *Padre* que sostiene la creación, y su *Palabra* —el Verbo— que es sostenida por el Padre, dan el *Espíritu*

(14) S. IGNACIO DE ANTIOQUIA, *Epist. ad Rom. 7, 2-3*; M G 5,694.

(15) S. IRENEO, *Adv. Haer. V, 18,1*; M G 7, 1173.

como quiere el Padre... De manera, que resulta: *Un Dios Padre, el cual está sobre todo, a través de todo y en todo* (Ef. 4,6). Sobre todas las cosas está el Padre, que es la Cabeza de Cristo. *A través de todo está el Verbo, que es la Cabeza de la Iglesia. Pero en todo está el Espíritu que es el Agua viva que el Señor da a todos los que creen en El, lo aman y saben que hay un Padre, el cual está sobre todas las cosas, a través de todas las cosas y en todas las cosas*...

Así se entienden e iluminan las palabras de Jesucristo cuando clamaba diciendo (16): *“si alguno tiene sed que venga a mí y beba, quien cree en mí. Como ha dicho la Escritura, de su corazón correrán torrentes de agua viva. Esto lo dijo del Espíritu que habían de recibir”* (Jn. 7, 37-9). Así se le ve todo el sentido a esa inscripción del Baptisterio de S. Juan de Letrán: *“aquí está la fuente de la Vida, que rodea toda la tierra. Ella comienza, se origina, en Cristo”*.

Así se nos muestra Cristo como el dador del Espíritu, principio de nuestra vida en Dios Padre. Los Sacramentos cobran nuevo vigor ante nosotros, al verlos como efluvios de esa Agua—ese Espíritu—, que mana de Cristo para llevarnos a Dios Padre. La devoción del Corazón de Cristo adquiere igualmente todo su hondo significado trinitario: no es una devoción más sino una concreción de esa realidad de siempre por la que Cristo Jesús, a través del Espíritu que de El fluye, hace locuras por llevarnos hasta su Padre.

El Espíritu Santo, Espíritu de amor, que es vínculo y sello de la unidad absoluta del Padre y del Hijo, al aposentarse en nuestro interior —es el *dulcis hospes animae*— (17), se constituye en

(16) Usamos la puntuación que para este pasaje emplean muchos comentaristas modernos. La que empleó Pío XII en la Encíclica *«Haurietis Aquas»*.

(17) *Dulce huésped del alma*: del himno *Veni, Sancte Spiritus* de la Misa y Oficio del día de Pentecostés.

vínculo y sello de nuestra unidad con Dios. Esto es lo que el Hijo pidió al Padre: *“que sean ellos una misma cosa y que como Tú, oh Padre, estás en mí y yo en ti, así sean ellos una cosa en nosotros”* (Jn. 17, 21).

Contenido trinitario de la Iglesia

El alma así unida por el Espíritu a Dios Hijo, como hermana y esposa, y a Dios Padre como hija, es introducida por el Espíritu Santo en la comunión más íntima, en la compañía del Padre y del Hijo, en la admirable compañía de ambos señalada por San Juan como objetivo de la Encarnación (1 Jn. 1,3).

Esta función unificadora del Espíritu entre el Padre y el Hijo, entre nosotros y Dios y entre nosotros los hombres, tiene una manifestación histórica en el día de Pentecostés: el mismo día en que el Espíritu era enviado por el Padre y el Hijo, se constituyó esa Pentecostés viviente que es la Iglesia: la Iglesia santa: *Santa*, porque es extensión de la santidad del Espíritu que Cristo nos dió como Agua viva.

Yo pediría al que esto lee que detuviese entre líneas su lectura y apoyase su frente de hombre que cree sobre sus manos de hombre que sabe rezar; y meditase un poco en la grandeza de estas expresiones. La Iglesia no es sólo una institución (18), que predica una religión más con que satisfacer nuestra “necesidad religiosa”. La Iglesia es también una vocación, una *llamada*—eso significa *Ecclesia* (19)—, que se nos dió hace tiempo y resonará mientras haya hombres: porque es todo el Espíritu de Dios alargado entre nos-

(18) Natural que Cristo dejó a la Iglesia constituida como Sociedad. Pero no conviene hacer tanto hincapié en este aspecto social de la Iglesia que olvidemos el otro: que también es vocación.

(19) Propiamente *ekklesia* representa en el Antiguo Testamento, de donde pasó incambiado al Nuevo, a los congregados en reunión sagrada, como comunidad de Dios. Pero, evidentemente, ese sentido pasivo, supone la *llamada*, que es un concepto activo, en el que basamos esta nueva reflexión.

otros, es la misma Vida hecha carne y sangre. La Iglesia es la extensión de aquella santidad del Agua que brotó de la Roca... La Iglesia es el mismo brote del costado de Cristo (nueva iluminación para entender la devoción al Corazón de Jesús). La Iglesia es el fruto que dejó Aquel Corazón viviente. Es la "masa de hombres" que, a su paso, se dirige hacia la Casa del Padre. "¿No tenemos acaso un Dios, un Cristo y un Espíritu de gracia —el cual fué derramado sobre nosotros—, y además una vocación (ekklesía) en Cristo?, se preguntaba hace tiempo San Clemente Romano (20).

La Iglesia es una vocación, una seria llamada a nuestras conciencias acolehadas. Históricamente ha plantado un drama en el mundo, ha buscado el modo de luchar contra todo lo que no es espíritu y ha comprendido que su postura no es más que una larga paciencia (21). Es una paciencia, un apartamiento; una vocación de segregados, es la espera del fin: "no tarda el Señor sino que os trata pacientemente" (2Petr. 3,9). Es sí, una esperanza contra toda esperanza. Pero también un fermento de virtud del "Espíritu vivificante" que la nutre y sustenta.

Esta Iglesia que se nos hizo visible el día de Pentecostés, es anterior a él. Nació, en su Cabeza, al realizarse el decreto eterno de Dios de que su Hijo Jesucristo tomase carne de una virgen, de *Spiritu Sancto* (Mt. 1,20), en virtud del *Epiritu Santo*. En el mismo vientre de María comenzaba a latir la Iglesia como vocación, prodigio, al que nos hemos acostumbrado a contemplar, pero que exigió toda la vitalidad trinitaria,

(20) S. CLEMENTE ROMANO, *Epist.* 1 Cor. 46,6; M G I, 304.

(21) De este tema ya se ha ocupado PROYECCION en otra ocasión. Véase PROY. 19 (1958) 244-49. Esta idea de la Iglesia como masa de peregrinos que marchan hacia la Casa del Padre está en la Tradición. Así por ejemplo: S. HILARIO, *Tractatus super Psalmos*, P L 9, 879; S. AGUSTIN, in *Psalm.* 148, P L 37, 1940. De ella igualmente, habla extensamente HENRI DE LUBAC, *Meditación sobre la Iglesia*, Ed. Desclée, Bilbao 1958, pág. 64.

para que comenzase a existir entre nosotros. Esta Iglesia nuestra, visible en Pentecostés, alumbrada en el vientre de una virgen madre, se escapó, en forma de agua y sangre, de Cristo, una vez muerto y traspasado (Jn. 19,34).

Otra vez hay que detenerse para no desperdiciar esa enseñanza, precisa pero frágil, que estos símbolos nos traen como un mensaje: con el agua y la sangre de Cristo, reflejo de su Espíritu y réplica del drama de su vida, la Iglesia comenzaba a vivir con el Espíritu de Cristo —el Agua— y el mismo drama de Jesús —su sangre, su paciencia— escritos en su frente. Pero la vida del Cristo nuestro no es todo drama, sino que el Cristo histórico ha sido reemplazado por el Cristo glorioso, triunfante en una Pentecostés perenne: la misma Pentecostés en que la Iglesia se nos apareció visiblemente. Por eso, para entender estas realidades es por lo que Dios, en su Providencia, escogió esos tres puntos de la vida del Cristo histórico y glorificado: la Encarnación, su costado traspasado en el Calvario, Pentecostés. Para que en los tres viéramos el alumbramiento, el símbolo y la llamada de lo que es la Iglesia entre nosotros.

La Virgen en la Teología de este misterio

Al acabar este recorrido de lo que es la Iglesia en sus relaciones con la vida trinitaria es bueno añadir, para nuestra devoción y nuestra enseñanza, que en esos tres puntos históricos, que señalan el brote de la Iglesia de la intimidad de Dios, en ninguno de ellos estuvo lejos la Virgen Santísima: parece como que la Trinidad en sus designios se la quiso asociar para que junto a la obra redentora del Hijo, apareciese la figura de la Madre.

Es verdad que no podemos caer en el error de querer atribuir a la Virgen más virtualidad de la que puede poseer. Pero tenemos derecho a aprovechar las realidades que las fuentes mismas del Magisterio eclesiástico—las Escrituras—

nos han hecho entrever. Por eso, al contemplar a la Virgen en presencia del Angel, en el momento de la Encarnación, al verla junto a la Cruz siendo la primera a la que llegaba el Agua que brotó del Corazón del Hijo, y al advertir su presencia entre los Apóstoles, en el día de la venida del Espíritu Santo, aceptemos su intercesión y su valimiento, y alabemos a Dios porque nos haya sido posible situar nuestra vida en esta economía, en la que una Madre tiene un papel tan señalado.

La economía de la gracia

Esta Iglesia Santa es la comunión de los santos, es decir, de todos los "santificados" por la gracia *santa*. Por medio de esta gracia se nos participa la vida de Cristo glorificado, al adquirir mediante ella la filiación: el poder ser hijos... (Jn 1,18). El hombre es elevado a esa dignidad de hijo, de heredero y hermano de Cristo. El amor de Dios que el hombre hubo perdido se recupera al salvarnos Jesús, según aquella vigorosa expresión de San Pablo: "*por su misericordia, regenerándonos y renovándonos por el Espíritu Santo, que derramó sobre nosotros copiosamente para que justificados por su gracia, ven-gamos a ser herederos, conforme a la esperanza*" (Tit. 3, 5-7).

Esta gracia nos asemeja a Cristo, vid de la que brotará el verdadero vino sabrosísimo, embriagador, que sólo se bebe en la Casa del Padre (Mt 26,29). Esta gracia es el efecto de la presencia en nosotros del Espíritu. Esta gracia es la que ilumina o debiera iluminar toda la predicación de las verdades eternas: acordándonos que por tener la gracia de Dios en nosotros "*somos hijos y sobre nuestros corazones está derramado el Espíritu de Cristo por el que clamamos: Padre*" (Gal. 4, 6).

Ese giro envolvente de la vida trinitaria en torno nuestro vuelve a resplandecer en la vida de la gracia, en donde junto a las expresiones archisabidas pero exactísimas de "*hijos de Dios*" (Gal 4, 7), "*hermanos de Jesucristo, herede-*

ros con él de la gloria" (Gal. 4, 7), "*templos del Espíritu Santo*", "*templos de Dios*" (Ef 2, 21; 1 Cor 3, 16), se une ese bello gesto de un Dios que derrama en nosotros el Espíritu de su Hijo para que clamemos por El, desde nuestro incesante deseo.

Vista la gracia a esta luz, ese concepto manido, y exacto sólo a medias, de un "vestido para las Bodas" o un "pase" con que asistir sin complicaciones al espectáculo del último día, se diluye ante la grandeza de una vida unida a Dios por la gracia, y que, merced a ella, "clama" por ir al Padre, *per Jesum Christum*, a través de Jesucristo, en el Espíritu. "*Por Jesucristo, en su gracia, todos tenemos acceso al Padre, en el Espíritu*", decía Pablo a los de Efeso (2, 18).

Recojamos nosotros estas palabras y llevémoslas como una luz sobre nuestras vidas. Sabiendo que estamos de camino, acojámonos a esta Nave, que es la Iglesia, llena hasta rebosar del Espíritu de Cristo, para llegar hasta el Padre por el que sin cesar clamamos y suspiramos.

* * *

Voy a acabar; pero antes vamos a leer con devoción esas iluminadas palabras de S. IRENEO, cuando, ya en el siglo II, mostraba a los cristianos, en su Predicación, sencilla y sublime a la vez, toda la altura y profundidad del Misterio Trinitario (22):

"Sobre todos nosotros está El como Padre; con todos está El como Verbo, puesto que mediante la Palabra todo fué comenzado por el Padre; en todos está El como Espíritu, el cual clama: *Abba Padre*; Espíritu que transforma a los hombres en una imagen de Dios. El Espíritu muestra al Verbo; por eso los profetas anunciaron al Hijo de Dios. El Verbo hace

(22) S. IRENEO, *Epídeixis* (Demostración de la Predicación Evangélica), 5-6-7.

soplar al Espíritu; por eso el Espíritu es el que habla a los profetas y conduce el hombre hasta el Padre... Por esto en nuestro renacimiento, el Bautismo es ratificado por estos Tres: el Padre nos da la gracia del renacimiento por su Hijo, en el Espíritu Santo. Luego, aquellos que han reci-

bido y llevan en sí al Espíritu Santo son llevados al Logos, esto es al Hijo; el Hijo nuevamente los lleva al Padre y el Padre los hace partícipes de la inmortalidad. Por consiguiente, sin el Espíritu no se puede ver al Verbo y sin el Hijo nadie puede llegar al Padre”.



VOLANTE

LA MORAL

